

judica alguna cosa ó derecho que no es suyo. Al aceptar semejantes presentes ¿no convenian los príncipes en que los Papas tenían el derecho de disponer de las coronas y de deponer á los monarcas culpables? Nada prueba mejor que esta jurisprudencia estaba entonces generalmente recibida, que el ver que los mismos reyes no la ponian en duda, y que por consiguiente es muy injusto querer hoy acusar de usurpadores á los Papas.

La tempestad que de este modo se formaba sobre la cabeza del rey Juan, debia tener para él las consecuencias mas funestas. Conferianse los derechos y la potestad de la Iglesia á Felipe Augusto, enemigo ya bastante temible y que tenia por su parte derechos muy plausibles para hacerlos valer contra el rey de Inglaterra. El príncipe Godofredo, hermano mayor del rey Juan, muerto en el año de 1186, dejó á su esposa en cinta de un hijo que fué llamado Artus, y á quien La Bretaña, el Anjou, el Maine y la Turena reconocieron por su señor. Su madre Constanza le procuró desde luego la proteccion del rey Felipe Augusto, y le puso en sus manos á la edad de doce años. Pero el rey Juan su tio habiendo encontrado medio de apoderarse de su persona, despues de haberle tenido algun tiempo encerrado en Rouen, le hizo pasar de la prision á una barea, donde le mató con sus propias manos, y arrojó su cuerpo al Sena (1205). Felipe Augusto hizo citar á Juan como vasallo suyo para responder de este crimen en el tribunal de los Pares, y negándose á comparecer, el tribunal con voto unánime confiscó á beneficio del rey Felipe todo cuanto poseia el rey Juan de este lado del mar. Entró inmediatamente el monarca francés en Aquitania y despues en Normandía, para ejecutar la sentencia con las armas en la mano, ó hizo muchas conquistas. Sin embargo, el Papa deseaba mas

la conversion del rey Juan que su perseverancia en el mal; y por otra parte la conversion de este príncipe habria sido el medio mas seguro de pacificar su reino; pero Felipe no pensaba en retardar una empresa tan favorable á sus intereses. Independientemente de la sentencia pontificia que le habia notificado el legado Pandolfo, veíase además escitado por una multitud de señores ingleses, que solo aspiraban á verse libres del yugo tiránico del rey Juan. Los obispos arrojados de Inglaterra, y que volvian de llevar sus quejas á Roma, rogaron tambien al rey Felipe, de parte del Papa, que entrase con mano armada en la Gran Bretaña, destronase al tirano y pusiese en su lugar un príncipe digno de reinar. Felipe, que solo aguardaba la ocasion, mandó á todos sus súbditos, so pena de felonía, que fuesen á juntarse con él en Rouen, de cuya ciudad ya se habia hecho dueño, é hizo equipar una flota cargada de toda especie de municiones. Este príncipe, que poco despues reprobó tanto que el rey Juan hubiese dispuesto de sus Estados en favor del Papa, no reputaba entonces censurable que el Papa se los ofreciese á él (1).

Entretanto el legado Pandolfo pasó á Inglaterra y encontró al rey Juan en Douvres. A su partida de Roma le dió el Papa con mucho secreto un proyecto de reconciliacion para este príncipe, en caso que resolviera someterse á las órdenes de la Santa Sede. Pandolfo, aprovechándose del terror, que no podian esterminar de una alma tan criminal sesenta mil hombres de buenas tropas y una armada superior á la de los franceses, le dijo estas palabras: «mirad al rey de Francia en la embocadura del Sena pronto á humillaros por la autoridad del Sumo Pontífice, y á apoderarse de vuestros Estados. Con él vienen los prelados de

(1) *Hist. de l'Eglis. Gall. lib. 30.*

vuestro reino, y una multitud de ingleses, asi clérigos como legos, animados de todo el ardor que puede inspirar la esperanza de volver á entrar en su patria y de recobrar sus bienes. Por otra parte él muestra las cartas de casi todos los señores de Inglaterra que le piden por soberano y le prometen fidelidad. A lo menos reflexionad sobre vuestros intereses, aplacad al cielo justamente irritado, someteos á la Iglesia y recuperad la gracia del Papa que está pronto á restituiros la corona que os ha quitado (1215).

Este discurso no dejó de producir su efecto. Juan, todo fuera de sí y como desesperado, accedió á las proposiciones de Pandolfo y prometió someterse sin restriccion á las órdenes del Papa en todos los objetos que le habian acarreado las censuras de la Santa Sede. Dos dias despues declaró por una carta auténtica (1) que para expiacion de sus pecados daba de su libre voluntad y con consejo de sus barones, á la Iglesia romana, al Papa Inocencio y á sus sucesores los reinos de Inglaterra é Irlanda con todos sus derechos: que no los retendria sino como vasallo del Papa: que le prestaria homenaje y haria liga con él, y en señal de su ejecucion, además del dinero de San Pedro, pagaria todos los años al Papa mil marcos de esterlinas; en fin, que obligaba á todos sus sucesores á mantener esta donacion, bajo la pena de perder su derecho á la corona. El rey entregó este documento al legado para que le llevase á Roma, y al momento, en presencia de todo el mundo, hizo homenaje y juramento de fidelidad al Sumo Pontífice, representando por su ministro, el cual pisó algunas monedas presentadas en señal de la sumision del rey. Juan fué entonces absuelto de la excomu-

(1) *Lib. 16, ep. 77.*

nion por el arzobispo de Cantorbery y los demas obispos perseguidos que habia llamado apresuradamente á la Gran Bretaña. Hallándose restablecida ya la buena armonia con ellos y con los señores, juró el rey observar las leyes de San Eduardo y las de Enrique I.

Entretanto, el legado Pandolfo pasó otra vez á Francia, fué á verse con el rey Felipe, y le significó de parte del Papa, que desistiese de su empresa contra el rey de Inglaterra, respecto de haberse sometido ya á la Iglesia, y á quien ya no podia atacar sin ofender al Papa. Felipe quedó sin duda tan picado como sorprendido de esta mudanza, la que no le habria impedido llevar sus armas á las islas británicas, si el conde de Flandes que fué el que mas le animó, no hubiese mudado tambien de modo de pensar para ligarse con el rey Juan. Este conde era Ferrando ó Fernando de Portugal, que habia casado con la hija mayor del conde Balduino, emperador que llegó á ser de Constantinopla, y que tuvo motivo para arrepentirse de su inconstancia. Marchó el rey Felipe contra este vasallo infiel que se habia confederado con el emperador Otton y con el conde de Sarisberi, hermano natural del rey de Inglaterra. Por una singularidad que conviene notar, todos los príncipes que atacaban á Felipe Augusto, tenían sobre sí los anatemas de la Santa Sede, y se proponian destrozarse al rey de Francia para ir luego á vengarse de Roma esterminando al Papa, á los obispos, á los sacerdotes y á los monges, apoderándose de los bienes de todas las iglesias y obligar á vivir de las limosnas de los fieles á los pocos sacerdotes á quienes hubiesen perdonado la vida. La Providencia, pues, que dispone de los acontecimientos, y ordinariamente sin saberlo los mismos que ella emplea para realizarlos, habia dispuesto en esta ocasion las cosas de tal modo que la victoria que lograrse el rey de Francia fuese un ver-

verdadero triunfo para la Iglesia. No desanimó á Felipe la desigualdad del número de los combatientes. Habiéndose encontrado ambos ejércitos cerca de Bovines, hizo á sus tropas esta corta arenga, copiada por el monge Rigordo, su capellan, que iba en su comitiva: «Toda nuestra esperanza está en Dios: el rey Otton y los suyos están excomulgados, son enemigos y destructores de la Iglesia: su sueldo es la sustancia de los pobres y el despojo del clero. Por lo que toca á nosotros, aunque pecadores, estando unidos intimamente con la santa Iglesia, gozamos de su comunión, y defendemos sus inmunidades con todo nuestro poder. No dudamos que Dios nos hará triunfar de nuestros enemigos y de los suyos.» Después que el rey hubo hablado de esta manera, le pidieron las tropas su bendición con una sencillez respetable por el principio que la animaba. Dióse la señal de empezar la batalla, y durante esta, el capellan y los clérigos no cesaron de cantar salmos. La victoria fué completa para los franceses (1214), el emperador Otton se puso en fuga, y los condes de Flandes y de Sarisberi quedaron prisioneros. Para colmo de la felicidad supieron que el rey Juan, que hizo un desembarco en Francia y puso sitio al castillo de Roche de Maine en Anjou, acababa de verse obligado por Luis, hijo del rey Felipe, á levantar el sitio y retirarse vergonzosamente. En memoria de estos grandes sucesos fundó el rey cerca de Senlis la abadía de la Victoria, donde puso canónigos reglados de San Victor de Paris.

Mientras que Juan Sin-Tierra negociaba con el Papa, pero probablemente antes de haberse convenido con su legado, envió secretamente y con gran diligencia (1) una embajada á Miramolin, rey de Marruecos. Los enviados que eran dos caballeros y un

(1) Math. Par. an. 1213, p. 204.

clérigo, presentaron una carta del rey su amo, quien se ofrecía á someter su reino al príncipe musulman, á pagarle tributo, y aun á dejar la Religion cristiana por la mahometana si queria darle socorros. Miramolin estaba á la sazón leyendo las Epistolas de San Pablo, que habian llegado á sus manos. Quedó por algunos momentos muy pensativo, y después respondió: «Ved aquí el libro de un cristiano sabio, cuyas obras y palabras me llenan de admiración. No hallo en él otra cosa digna de reprensión, sino el haber dejado la religion de sus padres. ¿Qué puedo yo pensar de vuestro amo, que quiere renunciar á una Religion tan santa y tan pura, que si yo no tuviera ya una la elegiría con preferencia á todas las demas?» Informóse luego del estado del rey y del reino de Inglaterra, y como los dos caballeros le hicieron la pintura mas lisongera, prosiguió, dando un grande suspiro: «Jamás he leído ni oído decir que el soberano de un Estado semejante haya querido hacerle tributario de un extranjero. Vuestro amo es un cobarde y un miserable. Es tal el desprecio que me inspira, que no le admitiría entre los mas viles de mis esclavos. Y vosotros, añadió lanzando sobre los dos caballeros una mirada espantosa que les hizo temer por su propia vida: vosotros, agentes y aduladores de un tirano despreciable, no tengais la audacia de volver mas á mi presencia.»

Al retirarse llenos de confusión, puso Miramolin los ojos en el tercer enviado llamado Roberto, que estuvo á parte mientras duró la audiencia. Viendo á un hombre pequeño, en extremo moreno y de muy mala cara, juzgó que el mérito debía compensar lo innoble de la figura en un ministro encargado de una negociacion tan delicada. Le detuvo, y le propuso varias cuestiones, á las cuales satisfizo Roberto con un aire de seguridad y con una franqueza que

agradaron al musulman. El inglés dijo con ingenuidad, que su soberano era un tirano, tan débil respecto á los extranjeros como terrible para sus vasallos: que por su culpa habia perdido el ducado de Normandía con otros muchos grandes dominios: que no cesaba de arruinar el resto de sus Estados, y de hacerse odioso á sus pueblos por sus exacciones, sus usurpaciones, sus vicios y sus adulterios. Miramolin vituperó la paciencia excesiva de los ingleses, y añadió nuevos desprecios á los que habia manifestado contra la persona de Juan Sin-Tierra. Tuvo otras muchas conversaciones con Roberto, le colmó de testimonios de su benevolencia, y le despachó cargado de presentes de oro, plata, piezas de seda y pedrería. Refiere todas estas particularidades el historiador Mateo Parisiense (1), y dice que las sabia del mismo Roberto. Añade que el rey Juan pensaba tan mal acerca de muchos artículos de la fé, que se le escapaban impiedades las mas extravagantes y escandalosas, cuya relacion no se atreve á escribir.

Hacia mucho tiempo que la Alemania no gozaba de mas tranquilidad que la Inglaterra. Siempre se veia despedazada por las dos facciones de las casas de Sajonia y de Suavia, que se disputaban esta corona electiva. A la muerte de Enrique VI se suscitaron á un mismo tiempo tres partidos, Felipe de Suavia, Oton de Sajonia ó de Brunswick, y Federico hijo de Enrique. En medio de los debates suscitados por los competidores, el Gefe de la Iglesia se declaraba en favor del que mas garantías ofrecia para el bien de los pueblos; pero los principes, lo mismo que los súbditos, se olvidan muy á menudo de cumplir sus promesas. Felipe de Suavia, elegido primeramente como simple tutor de su sobrino Federico, se habia hecho luego

elegir y consagrar rey de Germania en Turingia. La mayor parte de los señores y el Papa Inocencio no le habian reconocido, ya fuese á causa de la excomunion que contra él habia fulminado el Papa Celestino III por sus usurpaciones en Italia, excomunion de que aún no habia sido absuelto, ya fuese por su injusticia para con su sobrino. Después de ocho años de una concurrencia tan onerosa para los pueblos, se habia reconciliado al fin Felipe con el Papa Inocencio, cuando fué asesinado por el conde palatino de Baviera á quien habia rehusado dar su hija en matrimonio después de habérsela prometido. Este acontecimiento (1208) que parecia deber acelerar el restablecimiento de la buena armonía la hizo su embargo mas difícil que antes. A la verdad el rey Otton, que ya no tenia mas rival, fué desde luego coronado emperador (1209), y aun se obligó para con el Papa con juramento á condiciones cuya ventaja era proporcionada á las obligaciones que le debia. Pero después los magistrados de las ciudades de Italia, ó mas bien los aduladores de este príncipe, le hicieron entender que habia sido sorprendido, á lo menos en la promesa de restituir á la Santa Sede las posesiones de la condesa Matilde: que la desmembracion de estos grandes dominios causaria un perjuicio irreparable al imperio, y que los Papas solo habian conseguido hacérselos ceder, abusando de la debilidad del sexo ó de la edad de la donante; pero nótese que esta no tenia mas de treinta y un años cuando en 1077 hizo su primera donacion, y solo cincuenta y seis cuando la renovó en 1102. Negóse pues Otton á efectuar su entrega, á pesar de sus juramentos que pretendia ser contrarios al que tenia hecho anteriormente de conservar los derechos del imperio. Por esta razón acometió al jóven Federico, rey de Sicilia y pupilo del Papa Inocencio, para reconquistar la Pulla, que pretendia pertenecer

(1) Pag. 206.

á la corona imperial. Sostuvo igualmente que antes que esta se hubiese fijado en sus sienes, el Papa y los Estados de Sicilia habían usurpado muchas posesiones que le pertenecían.

El Papa Inocencio representó á Otton diciéndole que se mostraba injusto con la Iglesia romana; además le hizo amonestar por medio del arzobispo de Pisa; pero todo fué inútil. En el año 1210 se vió obligado á recurrir á las censuras el Papa Inocencio, que había estado sosteniendo durante diez años al ingrato emperador. Redoblando entonces Otton las persecuciones, prohibió salir de sus Estados para ir á Roma, y justificó más y más las acusaciones del clero cuyas inmunidades violaba sin cesar. Por último, de acuerdo con los obispos reunidos en Concilio, el Papa declaró (1211) á todos sus súbditos absueltos del juramento de fidelidad. Al año siguiente, después de haberle enviado hasta por cinco veces el abad de Morimond para concertar la paz, ofreciendo soportar los destrozos que Otton había hecho en la Campania de Roma, con tal que este príncipe renunciase al proyecto de invadir la Pulla y la Sicilia, prohibió so pena de anatema reconocerle por emperador. Desde entonces comenzaron á decaer las cosas de Otton. Había hecho muchas conquistas en la Pulla y en Calabria, y se lisongeaba con la esperanza de quitar aun la Sicilia al rey Federico por medio de un señor del país, que con los sarracenos que tenía á sueldo ocupaba plazas muy fuertes en las montañas; mas obligado á volverse á Alemania para contener á sus pueblos, á quienes la injusticia de su causa había sublevado, quedó tan abatido en Nuremberg, que llegó hasta ofrecer dejar la corona, que por lo demás tan difícil le era conservar ya por mas tiempo. Desde el año 1211, la dieta reunida en Coblenza había reconocido por emperador á Federico; y este jóven príncipe fué inme-

diatamente á presentarse á Inocencio, que era su tutor, y de allí pasó á Alemania, donde fué coronado en Maguncia el 6 de diciembre de 1212.

De acontecimientos mas consoladores para la Religion era entonces teatro la España. Alfonso VIII rey de Castilla, y Alfonso IX rey de Leon habían declarado la guerra á Miramamolín Abou-Abdallá, el cuarto de los Almohades, el mismo cuya amistad buscaba Juan Sin-Tierra, y que reinada en España igualmente que en Africa; pero los infieles consiguieron al principio tan grandes ventajas, que se esparció el terror por toda la cristiandad (a). El Papa escribió á todos

(a) Estas ventajas que obtuvieron los moros bajo la conducta de Miramamolín, pertenecen al año 1195. Alfonso rey de Castilla, después de sosegados los disturbios del reino ocurridos durante su borrascosa minoridad, recobró en pocos dias cuanto los moros habían usurpado en Castilla, y se apoderó además de la ciudad de Caena (1177); conquista que tenía una importancia á la vez militar, eclesiástica y política; militar por la situación que la ciudad ocupaba y los altos muros que la circulan; eclesiástica por haberse convertido la mezquita mayor en templo cristiano y sido erigido en catedral; y política, en fin, porque agradecido el monarca castellano á la ayuda que le prestó don Alfonso II rey de Aragon, alzó allí á este la obligación del feudo y homenaje que desde el tiempo del emperador reconocían los reyes de Aragon á los de Castilla. Arregladas después algunas desavenencias con el navarro, se dedicó á poner orden en el gobierno interior de un reino, recorriendo y visitando las diversas comarcas de sus dominios, y mostrando su piedad con las donaciones y mercedes que hacia á las iglesias y monasterios ya fundándolos de nuevo ó reedificándolos, pudiéndose contar entre las principales fundaciones la de la ciudad y catedral de Plasencia (1186) y la del célebre monasterio de las Huelgas de Burgos (1187) famoso por su singular jurisdicción. «Conócese, dice el señor Lafuente (parte II, lib. 2), que el clero era objeto preferente de su atención y de sus liberalidades, puesto que así lo consignó en un solemne documento en que eximió á los eclesiásticos, fuesen obispos, abades ó simples clérigos, de todo servicio, pecho ó tributo que se pagase al rey, sin que por eso dejara de otorgar tambien fueros civiles á algunas ciudades y entre las cuales fué uno de los mas señalados el que dió á los vecinos de Santander, ciudad que repobló y cercó de muros, castillos y muelles, con un suntuoso palacio para su habitación.» Así mismo luego los ánimos de los españoles, y exhortándolos á reunirse y pelear contra los infieles, pasó al frente de un ejército numeroso las montañas de Sierra Morena, asió en su tránsito el territorio de Sevilla y llegó con sus triunfantes armas hasta las playas de Algeciras. Desde allí, dice Conde

los obispos de España para que reuniesen todos los príncipes cristianos contra el enemigo comun. No pareciendo todavia iguales las fuerzas, envió el rey de Cas-

(part. III, c. 51), escribió al emperador de Marruecos la siguiente arrogante carta: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el rey de los cristianos al rey de los musulmes. Puesto que según parece no puedes venir contra mí ni enviar tus gentes, enviame barcos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás, y pelearé contigo en tu misma tierra, con esta condicion, que si me vencieres seré tu cautivo y tendrás grandes despojos, y tú serás quien dé la ley; mas si yo saigo vencedor, entonces todo será mio y seré yo quien se la dé al islam.» Enfurecido con esto atreviéndose á retar al emperador Aben Yussuf, llamado Miramamolín ó príncipe de los creyentes, hizo leer la carta á todos sus cabillas, almohades, alárabes, zenetes y mazamudes, y todos como él centellearon de ira pidiendo venganza contra el audaz cristiano; y llamando á su hijo Cid Mohamed, su futuro sucesor, le mandó escribir al respaldo de la carta de Alfonso lo siguiente: «Dijo Alí Todopoderoso: revolveré contra ellos y los haré polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto y de los cuales no podrán escapar, y los sumiré en profundidad y los desharé.» Aben Yussuf entregó la carta á un mensajero para que la llevase, mandó sacar la espada grande y el pabellon rojo, escribió á todas las provincias de Almagreb para que acudiesen al alijid ó guerra santa; y vinieron, dicen sus crónicas, los moradores de los altos montes y de los valles profundos de todas las regiones, ordenó sus batallas, y saliendo de Marruecos el 18 de Guadama primera 501 (1195) se embarcó aquella infinita muchedumbre para Algeciras, donde se detuvieron sólo un dia, no queriendo el emperador dar lugar á que se enfriase el fervor de que parecían venir poseídos sus soldados para la que llamaban guerra santa.— Habíase retirado á Toledo el rey de Castilla, y con noticia de las inmensas fuerzas enemigas que venían sobre él, escribió apresuradamente pidiendo auxilio á los de Leon y Navarra, Aragon y Portugal, exponiéndoles que en esto iban la comun libertad y que la causa de la Religion debía sobreponerse á todas sus anteriores discordias. Prometiéronle aquellos príncipes ayudarle con todas sus fuerzas, y que ellos mismos irian á reunirse con él en Toledo. Pero viendo Alfonso que, en tanto que la inmensa morisma avanzaba, los reyes sus aliados retardaban su venida, se adelantó á observar la marcha de los almohades y se encontró con el grande ejército musulman cerca de Alarcos. Entonces, sin arredrarse por la superioridad de fuerzas del enemigo, le presentó batalla en 19 de julio de 1195, en la que fué derrotado don Alfonso, después de haber hecho su ejército prodigios de valor, especialmente las órdenes militares, que por ello perdieron casi todos sus caballeros. En tan critico estado emprendió una difícil retirada, y no paró hasta que con los restos de su ejército pudo guarecerse en Toledo. Perecieron en aquella funesta jornada veinte mil infantes y toda la flor de la caballería castellana, quedando tan ufanos los moros con su victoria, que talaron una gran parte de Castilla y amenazaron á los demás Estados cristianos de España. Anadióse aun para colmo de tamanía adversidad, que

tilla al arzobispo de Toledo, con otros embajadores, á diferentes naciones para pedirles socorros. La Francia era siempre el recurso de la Religion en las ocasiones en que además del valor se necesitaba franqueza y generosidad prontas á ejecutar. Empeñó particularmente el Papa á los franceses de las provincias meridionales, como los mas vecinos al teatro de la guerra, á que participasen de la suerte de una batalla decisiva que debía darse por Pentecostés de este año de 1212, y á este fin les concedia las indulgencias de la cruzada. Muchos prelados partieron inmediatamente, acompañados de un ejército formidable, entre otros Arnaldo, legado de la Santa Sede contra los albigenses, el cual de abad del Cister había pasado á la Silla metropolitana de Narbona, el arzobispo de Burdeos, y á pesar de la distancia de los lugares el obispo de Nantes en Bretaña. Juntáronse dos mil caballeros franceses con sus escuderos, diez mil sargentos de á caballo y cincuenta mil

los reyes de Leon y Navarra, aliados de Alfonso, trataron de vengarse indignamente de la afrenta que creían haber recibido por no habérseles esperado para la batalla, é invadieron hostilmente á Castilla al mismo tiempo que los moros se apoderaban de muchas y muy importantes plazas. Para terminar estas contiendas con el rey de Leon se acordó su matrimonio con doña Berenguela, hija del monarca castellano, matrimonio que según dijimos en la nota anterior fué declarado nulo, pero del cual nació el ilustre San Fernando. Habíase además aliado don Alfonso de Castilla con don Alfonso I de Aragon llamado el Casto, el cual falleció á poco, en 26 de abril de 1196, con harto sentimiento de sus pueblos, y sus restos mortales fueron conducidos al monasterio de Poblet, que había elegido para su sepultura legándole su real corona y la dominatura de Vinaroz, desde cuya época fué dedicado aquel monasterio para las sepulturas de los reyes de Aragon como antes lo había sido el de San Juan de la Peña.— Hechas pues las paces con los reyes de Aragon y Navarra, y tambien según ya hemos dicho, con el de Leon, D. Alfonso de Castilla no pensó ya sino en prepararse para vengar la derrota de Alarcos, y principió desde entonces á levantar nuevos ejércitos y tomar todas las disposiciones necesarias que tan gloriosamente coronó luego la victoria en la memorable jornada de las Navas de Tolosa. Mariana, lib. 11, cap. 18; Ortiz, lib. 8, cap. 5 y 6; Lafuente, part. 2, lib. 2, cap. 11. (N. del E.)